

GUILLAUME
MUSSO

Central Park



DEBOLSILLO

GUILLAUME MUSSO

Central Park

Traducción de
Teresa Clavel

www.megustaleerebooks.com

Las cosas inaccesibles son más importantes que las cosas que poseemos.

SOMERSET MAUGHAM

PRIMERA PARTE

Los encadenados

1

ALICE

Creo que en todo hombre hay otro hombre. Un desconocido, un Conspirador, un Zorro.

STEPHEN KING

Primero el soplo vivo y cortante del viento que azota un rostro.

El rumor ligero de las hojas. El murmullo distante de un riachuelo. El piar discreto de los pájaros. Los primeros rayos del sol que se adivinan a través del velo de párpados todavía cerrados.

Luego el crujido de las ramas. El olor de la tierra mojada. El de las hojas en descomposición. Las notas amaderadas y potentes del líquen gris.

Más lejos, un zumbido indefinido, onírico, disonante.

Alice Schäfer abrió los ojos con dificultad. La luz del amanecer la cegaba, el rocío de la mañana impregnaba su ropa. Empapada de sudor helado, tiritaba. Tenía la garganta seca y un fuerte sabor de ceniza en la boca. Sus articulaciones estaban doloridas; sus miembros, anquilosados; su mente, embotada.

Cuando se incorporó, tomó conciencia de que estaba tumbada en un banco rústico de madera sin pulir. Estupefacta, descubrió de pronto que el cuerpo macizo y robusto de un hombre estaba encogido contra su costado, descargando todo su peso sobre ella.

Alice reprimió un grito y su ritmo cardíaco se aceleró de golpe. Al intentar apartarse, cayó al suelo y se levantó de inmediato. Fue entonces cuando se percató de que su mano derecha estaba esposada a la muñeca izquierda del des-

conocido. Retrocedió instintivamente, pero el hombre permaneció inmóvil.

«¡Mierda!»

El corazón le dio un vuelco. Una mirada al reloj: el cristal de su viejo Patek estaba rayado, pero el mecanismo seguía funcionando y el calendario perpetuo indicaba: martes 8 de octubre, ocho de la mañana.

«Pero ¿dónde diablos estoy?», se preguntó, secándose con la manga el sudor de la cara.

Miró a su alrededor para situarse. Se encontraba en el corazón de un bosque otoñal, un sotobosque fresco y denso de vegetación variada. Un claro agreste y silencioso rodeado de robles, matorrales espesos y salientes rocosos. Nadie en las inmediaciones, lo cual, en vista de las circunstancias, sin duda era preferible.

Alice levantó los ojos. La luz era hermosa, suave, casi irreal. Unos copos brillaban a través de las ramas de un olmo inmenso y resplandeciente cuyas raíces perforaban una alfombra de hojas húmedas.

«¿El bosque de Rambouillet? ¿El de Fontainebleau? ¿El de Vincennes?», aventuró mentalmente.

Un cuadro impresionista de tarjeta postal cuya serenidad contrastaba con la violencia de ese despertar surrealista al lado de un absoluto desconocido.

Con prudencia, se inclinó hacia delante para verle mejor la cara. Era la de un hombre entre treinta y cinco y cuarenta años, de cabello castaño revuelto y barba incipiente.

«¿Un cadáver?»

Se arrodilló y le puso tres dedos sobre el cuello, a la derecha de la nuez. El pulso que notó presionando la arteria carótida la tranquilizó. El tipo estaba inconsciente, pero no muerto. Lo observó con calma. ¿Lo conocía? ¿Podía ser un granuja al que había metido entre rejas? ¿Un amigo de la infancia al que no reconocía? No, esas facciones no le decían absolutamente nada.

Alice se apartó unos mechones rubios que le caían por delante de los ojos y miró las manillas que la unían a aquel individuo. Eran un modelo estándar de doble seguridad

utilizado por numerosos cuerpos de policía y servicios de seguridad privada de todo el mundo. Era incluso muy probable que se tratara de las suyas. Alice buscó en el bolsillo de los vaqueros confiando en encontrar allí la llave.

No estaba. En cambio, notó la forma de un revólver metido en el bolsillo interior de la cazadora de piel. Creyendo que era su arma reglamentaria, cerró los dedos con alivio en torno a la culata. Pero no era el Sig Sauer que utilizaban los policías de la Brigada Criminal. Se trataba de una Glock 22 de polímero cuya procedencia ignoraba. Quiso comprobar el cargador, pero no era nada fácil con una mano trabada. Aun así, lo consiguió a costa de algunas contorsiones, procurando no despertar al desconocido. Estaba claro que faltaba una bala. Mientras manejaba la pistola, se dio cuenta de que la culata estaba manchada de sangre seca. Se abrió del todo la cazadora y descubrió también unas manchas de hemoglobina coagulada en la blusa.

«¡Joder! Pero ¿qué he hecho?»

Alice se frotó los párpados con la mano libre. Una migraña lacerante irradiaba ahora en sus sienes, como si una tenaza invisible le comprimiera el cráneo. Respiró hondo para dar salida al miedo y trató de agrupar sus recuerdos.

La noche anterior se había ido de marcha con tres amigas por los Campos Elíseos. Había bebido mucho, encadenando una copa tras otra en diferentes coctelerías: el Moonlight, el Treizième Étage, el Londonderry... Las cuatro chicas se habían despedido hacia las doce. Ella había ido sola hasta su coche, estacionado en el aparcamiento subterráneo de la avenue Franklin-Roosevelt, luego...

Un agujero negro. Un velo de algodón envolvía su mente. Su cerebro daba vueltas en el vacío. Su memoria estaba paralizada, congelada, bloqueada en esa última imagen.

«¡Vamos, haz un esfuerzo, joder! ¿Qué pasó después?»

Se veía claramente pagando en uno de los cajeros automáticos y bajando la escalera hacia el tercer sótano. Había pimplado demasiado, eso era indudable. A trancas y barrancas, había llegado hasta su pequeño Audi, había abierto la puerta, se había sentado al volante y...

Nada más.

Por más que intentaba concentrarse, un muro de ladrillos blancos le impedía acceder a sus recuerdos. El Muro de Adriano se alzaba ante su reflexión, toda la Gran Muralla China, frente a unas tentativas vanas.

Tragó saliva. Su nivel de pánico aumentó. Ese bosque, la sangre en su blusa, esa arma que no era la suya... No se trataba de una simple resaca al día siguiente de una juerga. Si no se acordaba de cómo había ido a parar allí, seguro que era porque la habían drogado. ¡Quizá un tarado le había echado éxtasis líquido en la copa! Era muy posible: como policía, en los últimos años se había enfrentado a varios casos relacionados con la droga de la violación. Guardó esa idea en un rincón de su cabeza y empezó a vaciar sus bolsillos: su cartera y su carnet de policía habían desaparecido. Tampoco llevaba encima ningún otro documento de identidad, ni dinero, ni teléfono móvil.

La angustia se sumó al miedo.

Una rama crujió e hizo salir volando a una bandada de currucas. Algunas hojas rojizas se arremolinaron en el aire y le rozaron la cara a Alice. Con la mano izquierda, la chica se subió la cremallera de la cazadora mientras sujetaba la parte de arriba con la barbilla. Fue entonces cuando vio en la palma de su mano algo escrito con bolígrafo, una serie de números anotados deprisa y corriendo, como una chuleta de colegial que estuviera a punto de borrarse:

2125558900

¿A qué correspondían esas cifras? ¿Era ella quien las había escrito? «Es posible, pero no seguro...», consideró, mirando la letra.

Cerró los ojos un breve instante, desamparada y asustada.

Se negó a perder la entereza. Era más que evidente que esa noche había tenido lugar un suceso grave. Pero, si no

guardaba ningún recuerdo de ese episodio, el hombre al que estaba encadenada iba a refrescarle rápidamente la memoria. Al menos eso era lo que esperaba.

¿Amigo o enemigo?

Puesto que lo ignoraba, colocó de nuevo el cargador en la Glock y armó la semiautomática. Con la mano libre, apuntó el cañón en dirección a su compañero antes de zarrandearlo sin miramientos.

—¡Eh! ¡Venga! ¡Es hora de despertarse!

El hombre tenía dificultades para emerger del sueño.

—¡Muévete, tío! —insistió Alice, sacudiéndolo por un hombro.

Él pestañeó y reprimió un bostezo antes de incorporarse con dificultad. Cuando abrió los ojos, hizo un brusco movimiento provocado por el estupor al ver el cañón del arma a unos centímetros de su sien.

Miró a Alice con los ojos como platos y volvió la cabeza a uno y otro lado para descubrir, desconcertado, el paisaje agreste que lo rodeaba.

Tras unos segundos de perplejidad, tragó saliva y abrió la boca para preguntar en inglés:

—Pero, bueno, ¿quién es usted? ¿Qué hacemos aquí?

2

GABRIEL

Cada uno de nosotros lleva dentro a un inquietante extraño.

LOS HERMANOS GRIMM

El desconocido había hablado con un fuerte acento estadounidense, escamoteando casi totalmente las erres.

—¿Dónde coño estamos? —insistió mientras fruncía el entrecejo.

Alice apretó los dedos en torno a la culata de la pistola.

—¡Me parece que es usted quien tiene que decírmelo! —le contestó en inglés, acercándole el cañón de la Glock a la sien.

—Eh, vamos a tranquilizarnos, ¿de acuerdo? —dijo él, y levantó las manos—. Y baje el arma, esos trastos son peligrosos... —Todavía no del todo despierto, señaló con la barbilla la mano aprisionada por el anillo de acero—. ¿Por qué me ha puesto esto? ¿Qué he hecho esta vez? ¿Alguna pelea? ¿Embriaguez en la vía pública?

—No he sido yo quien lo ha esposado —contestó ella.

Alice lo observó detenidamente: llevaba unos vaqueros oscuros, unas Converse, una camisa azul arrugada y una americana de traje entallada; sus ojos, claros y seductores, estaban hundidos por el cansancio y marcados por profundas ojeras.

—No hace lo que se dice calor —se quejó el tipo, metiendo el cuello entre los hombros. Bajó los ojos hacia su muñeca para consultar el reloj, pero no estaba allí—. Mierda... ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana.

Como buenamente pudo, volvió del revés sus bolsillos antes de protestar:

—Pero ¡si me lo ha soplado todo! La pasta, la cartera, el teléfono...

—Yo no le he robado nada —afirmó Alice—. A mí también me han desvalijado.

—Y tengo un buen chichón —constató, frotándose la parte de atrás de la cabeza con la mano libre—. De esto tampoco es usted responsable, claro —se lamentó, sin esperar realmente respuesta.

La miró con el rabillo del ojo: Alice, vestida con unos vaqueros ceñidos y una cazadora de piel de la que sobresalían los faldones de una blusa manchada de sangre, con el pelo recogido en un moño que estaba a punto de deshacerse, era una rubia esbelta de unos treinta años. Sus facciones eran duras, pero armoniosas —pómulos altos, nariz fina, tez diáfana—, y sus ojos, salpicados por los reflejos cobrizos de las hojas otoñales, brillaban intensamente.

Un dolor lo sacó de su contemplación: una sensación de quemazón corría por el interior de su antebrazo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Alice.

—Me duele —dijo él haciendo una mueca—. Es como si tuviera una herida...

Gabriel no pudo quitarse la chaqueta ni subirse las mangas de la camisa por culpa de las esposas, pero, a fuerza de hacer contorsiones, consiguió ver una especie de venda alrededor del brazo. Un vendaje recién puesto del que escapaba un fino hilo de sangre que llegaba hasta la muñeca.

—¡Bueno, ya está bien de gilipolceces! —exclamó, perdiendo la calma—. ¿Dónde estamos? ¿En Wicklow?

La chica negó con la cabeza.

—¿Wicklow? ¿Dónde está eso?

—Es un bosque que está al sur.

—¿Al sur de qué? —preguntó Alice.

—¿Se está quedando conmigo? ¡Al sur de Dublín!

Ella lo miró con ojos de pasmo.

—¿De verdad cree que estamos en Irlanda?

Gabriel suspiró.

—¿Y dónde vamos a estar, si no?

—Pues en Francia, supongo. Cerca de París. Yo diría que en el bosque de Rambouillet o...

—¡Ya vale! —la cortó—. ¿Usted delira o qué? Además, ¿quién demonios es?

—Una chica con un pistolón, así que soy quien hace las preguntas.

Él la desafió con la mirada, pero comprendió que no controlaba la situación y se quedó callado.

—Me llamo Alice Schäfer y soy oficial de policía en la Brigada Criminal de París. Anoche salí con unas amigas por los Campos Elíseos. No sé dónde estamos ni cómo hemos llegado a encontrarnos aquí, encadenados uno a otro. Y no tengo ni idea de cuál es su identidad. Ahora le toca a usted.

Tras unos segundos de titubeo, el desconocido se decidió a identificarse.

—Soy estadounidense. Me llamo Gabriel Keyne y soy pianista de jazz. Vivo en Los Ángeles, pero viajo con frecuencia para dar conciertos.

—¿Qué es lo último que recuerda? —lo presionó ella.

Gabriel frunció el entrecejo y cerró los ojos para concentrarse mejor.

—Pues... anoche actué con mi bajista y mi saxofonista en el Brown Sugar, un club de jazz del barrio de Temple Bar, en Dublín.

«En Dublín... ¡Este tío está como una chota!»

—Después del concierto, me senté en el bar y puede que me pasara con los cubalibres —continuó Gabriel abriendo los ojos.

—¿Y luego?

—Luego...

Su rostro se contrajo y se mordió el labio. Saltaba a la vista que le costaba tanto como a ella acordarse de cómo había acabado la noche.

—Mire, no tengo ni idea. Creo que me peleé con un tipo al que no le gustaba mi música, después ligué con unas chavalas, pero estaba demasiado colocado para llevarme a alguna al catre.

—¡Qué dechado de clase! Muy elegante, sí señor.

Él restó importancia al reproche con un gesto de la mano y se levantó del banco, obligando a Alice a hacer lo mismo. Con un gesto brusco del antebrazo, esta última lo obligó a sentarse de nuevo.

—Me fui del club hacia las doce —afirmó él—. A duras penas me tenía en pie. Llamé a un taxi desde Aston Quay. Al cabo de unos minutos, un coche se detuvo y...

—¿Y qué?

—No lo sé —reconoció—. Supongo que di la dirección del hotel y me desplomé en el asiento.

—¿Y luego?

—¡Le digo que nada!

Alice bajó el arma y dejó pasar unos segundos, el tiempo de digerir aquellas malas noticias. Desde luego no era ese tipo quien iba a ayudarla a aclarar su situación. Al contrario.

—¿Es usted consciente de que todo lo que acaba de contarme es un cuento chino? —dijo, suspirando.

—¿Y se puede saber por qué?

—¡Pues porque estamos en Francia! ¡Por eso!

Gabriel recorrió con la mirada el bosque que se extendía a su alrededor: la vegetación silvestre, los espesos arbustos, las paredes rocosas cubiertas de hiedra, la cúpula dorada que formaban las hojas de otoño. Su mirada subió por el tronco descortezado de un olmo gigantesco y se topó con dos ardillas que correteaban, trepaban dando saltos rápidos y pasaban de una rama a otra persiguiendo a un roquero solitario.

—Me apuesto la camisa a que no estamos en Francia —dijo mientras se rascaba la cabeza.

—En cualquier caso, solo hay una manera de saberlo —replicó Alice al límite de su paciencia, guardándose la pistola e incitándolo a levantarse del banco.

Dejaron el claro para adentrarse en la vegetación, formada por espesas arboledas y arbustos frondosos. Sujetos el uno a la otra, cruzaron una zona de sotobosque ondulada, siguieron un camino empinado y luego bajaron una pendiente apoyándose en los salientes rocosos. Tardaron diez

minutos largos en salir de aquel laberinto vegetal, salvando los pequeños cursos de agua y recorriendo a buen paso numerosos senderos sinuosos. Finalmente desembocaron en una estrecha alameda asfaltada y bordeada de árboles que formaban una bóveda vegetal por encima de su cabeza. Cuanto más avanzaban por ella, más presentes se hacían los ruidos de la civilización.

Un murmullo familiar: el rumor procedente de la ciudad...

Asaltada por un extraño presentimiento, Alice arrastró a Gabriel hacia un punto por donde el sol penetraba entre las ramas. Atraídos por la claridad, se abrieron paso hasta lo que parecía ser la orilla cubierta de césped de una extensión de agua.

Fue entonces cuando lo vieron.

Un puente de hierro cuya amplia curvatura cruzaba con gracia uno de los brazos del lago.

Un largo puente de color crema, ornamentado con arabescos y elegantemente decorado con centros florales.

Una pasarela familiar, vista en cientos de películas.

Bow Bridge.

No estaban en París. Ni tampoco en Dublín.

Estaban en Nueva York.

En Central Park.